

¿Es un problema, la cultura, en Chile?

Para que algo se constituya realmente en un problema social, es indispensable que así sea percibido por toda la comunidad y no por una minoría que se preocupa casi majaderamente de poner el tema en el tapete, sin mucha suerte que digamos.

En Chile, desde la vuelta de la democracia, los sucesivos gobiernos han tratado de rescatar el tema cultural, y hasta lograron que se creara por ley un Consejo Nacional que vele por el desarrollo cultural del país. Pero esto, lejos de incentivar a la comunidad a sentir el problema como propio, ha tenido una especie de efecto boomerang no deseado, ya que no pocas instituciones o grupos sociales que un tiempo fueron actores en ese ámbito, se han hecho a un lado y exigen hoy exclusivamente del Estado una responsabilidad cultural que, en un país que se respete, es compartida por toda la comunidad. Se olvidan de que el Estado tiene el deber de proteger y fomentar la cultura pero de ninguna manera el de dirigirla. Al mismo tiempo, varios sectores critican su forma de gestión, apuntando a lo que no hay que hacer pero pocos, demasiado pocos, en la sociedad civil, plantean ideas acerca de lo que habría que hacer para preservar y aumentar el acervo cultural de Chile y, más aún, están lejos de ponerlas en práctica.

Hoy, nuestra sociedad padece de una abulia manifiesta respecto a los temas culturales. Los éxitos macroeconómicos y una cierta mejoría en la calidad de vida, parecen habernos adormecido en vez de convertirse en estímulo de nuestras capacidades creativas. Por otra parte, me temo que los medios de difusión masiva nos están convirtiendo paulatinamente en simples consumidores de cultura de cualquier tipo y que perdemos cada día más una visión crítica activa que nos permitiría volver a nuestro rol de productores de cultura. Los intentos, que considero heroicos, de algunos medios de prensa escrita, de radio o de televisión, terminan sucumbiendo por falta de apoyo de aquellos que deberíamos sentirnos beneficiados y agradecidos por su labor.

Por otro lado, se habla de falta de recursos económicos para la cultura, cuando todos sabemos que en Chile existen fortunas particulares impensables en un país como el nuestro. Está claro que la cultura no es un negocio ni lejanamente parecido a aquellos que hicieron posible la acumulación de esos enormes recursos, pero, por suerte, a través de los siglos, hubo un número considerable de magnates del dinero y de las finanzas que entendieron que la riqueza se vuelve patrimonio de verdad sólo cuando se pone al servicio del desarrollo de toda la sociedad y no exclusivamente al de sus propios, aunque legítimos, intereses.

Allí están, para muestra, los mecenas de la historia del arte, los comerciantes de lana y los Medici de la Florencia del Quattrocento y del Renacimiento italiano.

Por ello, es que, hoy, sinceramente, me parece mezquino, por decir lo menos, el que algunos empresarios e instituciones se quejen de las franquicias

tributarias que otorga hoy la llamada ley Valdés, considerándolas insuficientes, para justificar su poco interés para incentivar la acción cultural. Habría que agregar a este panorama la marginación cada vez mayor de las humanidades en los programas educativos, en beneficio de las ciencias duras y el llamado casi obsesivo a la competitividad en vez de promover la cooperación entre los sujetos sociales para beneficio de toda la comunidad.

Definitivamente, la cultura no es sólo el arte, es más bien “modo de vida y visión de mundo”, que se construyen entre todos. Por eso es que hace falta convocar a la ciudadanía toda a que asuma su responsabilidad ineludible e intransferible en la construcción constante de cultura.

Debemos, de alguna manera, despertar de este sopor que nos va hundiendo en la mediocridad. No sirve de mucho el que opinólogos de turno nos la refrieguen en el rostro, quedándose mirando desde el balcón. Reconocer simplemente nuestras propias carencias en sesudos diagnósticos, es un falso ejercicio de humildad que no lleva a ninguna parte y que, por el contrario va mermando nuestra capacidad de superarlas con decisión y constancia. Nadie ha dicho alguna vez que el desarrollo cultural de cualquier país sea fácil de lograr. Al contrario, se trata de un proceso muy largo en el cual intervienen generación tras generación de ciudadanas y ciudadanos con creatividad y firme compromiso en el tiempo.

Muchos países nos exhiben como ejemplo de desarrollo económico, pero eso no basta.

Cuando mi familia emigró a esta mi segunda patria, hace más de cincuenta años, Chile era considerado en Europa como el país más culto de América Latina, y lo más increíble es que, al llegar, me di cuenta de que era cierto. Tal vez eso se debía al hecho de que, en aquél entonces, **la cultura era un problema importante porque nos importaba a todos.**

Hoy, ¿Nos importa?

Claudio di Girolamo